

## LA AUTORIDAD DE DIOS DESCANSA EN LA BIBLIA

*Tu Palabra, oh, Dios, ha sido mi comida y mi bebida. Tengo sed de ti y bebo profundamente de tu preciosa Palabra, como el ciervo brama por los arroyos. Me someto a ti y a tu autoridad como se me revela en la Palabra de Dios. He gustado y he visto que sacias los anhelos profundos de mi corazón. Te ruego que tu Palabra sea mi fortaleza en este día. Amén.*

El tema de la autoridad de la Biblia es crucial. Como parte de mi credo doctrinal, creo en esta declaración de fe de la Alianza Cristiana y Misionera:

El Antiguo y el Nuevo Testamento, inerrantes tal como fueron transmitidos originariamente, fueron verbalmente inspirados por Dios y son una revelación completa de su voluntad para la salvación de los hombres. Constituyen el patrón divino y único de la fe y de la práctica cristianas.

Todo protestante en este mundo, en toda generación, cree algo parecido a esto. La Palabra de Dios es esencial para nuestra fe. Es más que la piedra angular; es la fuente de autoridad, no solo en mi vida de fe sino en la cotidiana. Después de todo, somos hijos de la Reforma.

El debate originario a principios de la Reforma se centró en el

lugar que ocupaba la Palabra de Dios en la vida del creyente. Procedentes de la postura católica vinieron “los que protestaban”, llamados más tarde protestantes. Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Wycliffe, Ulrico Zwinglio y Juan Huss fueron solo unos pocos de los líderes principales del movimiento protestante.

Su desacuerdo con la Iglesia católica romana tenía que ver con la Biblia. En este terreno se libró y se ganó la batalla. Lamentablemente nosotros, que somos los hijos de la Reforma, hemos perdido de vista el tema central que estaba en juego en aquella época. Todas las otras diferencias eran, como mucho, secundarias; el centro neurálgico de los protestantes era la importancia de la Biblia. Después de todo, todo aquello por lo que vivían descansaba sobre la autoridad de la Biblia. Si esta no era la Palabra de Dios, se perdía todo lo demás.

El triunfo fundamental de la Reforma no fue la entrega de la Biblia a las masas, sino más bien el establecimiento de su autoridad en la Iglesia. Esta autoridad debía estar por encima de la tradición, la interpretación, los sacerdotes y los predicadores. Nada debía ser más importante que la Palabra de Dios. Ocupa un lugar único por encima de todas las demás autoridades de este mundo. En la vida y en el ministerio cristianos todo debía fluir de la Palabra de Dios bajo la dirección del Espíritu Santo.

Aquellos hombres de Dios del pasado se sentirían bastante desanimados si volvieran y vieran cómo se ha deteriorado la autoridad de la Palabra de Dios entre las llamadas iglesias protestantes modernas, casi hasta el punto de trastocar el tremendo trabajo de los reformadores en esta área. Sin duda, en la mayoría de esas iglesias, la Biblia tiene cierta autoridad, pero no la autoridad suprema.

La autoridad de la Palabra de Dios se sujeta a interpretaciones e, incluso, en ocasiones, a la traducción de la Biblia, que cambia de una a otra generación. Lo que una generación afirma que la Biblia prohíbe, la otra lo acepta, como si la verdad fuera

flexible y cambiante. Tengamos en cuenta que lo que es cierto no es nuevo, y lo que es nuevo no puede ser cierto.

Aun hoy, las tradiciones de la Iglesia parecen tener más autoridad que la Palabra de Dios. Pero toda tradición tiene un principio, un momento antes del cual nadie la hacía. Entonces alguien lo hizo y se convirtió en tradición. Hoy día, algunos establecen tradiciones que no se basan en la enseñanza clara de las Escrituras, y la tradición de una generación se convierte en la serpiente de bronce de la siguiente.

Mi postura sostiene simplemente que todo aquello que no se fundamenta claramente en la Palabra de Dios carece de su bendición. Esto puede explicar la ausencia de la bendición divina sobre muchas iglesias evangélicas, protestantes, modernas. Para comprender la autoridad de la Palabra de Dios desde su punto de vista, hemos de retroceder hasta el principio.

Debemos empezar con la autoridad del Antiguo Testamento.

## **El plan perfecto de Dios**

En el judaísmo, Dios echó los cimientos firmes para la redención. Nada fue fruto del azar ni del capricho; Dios tuvo mucho cuidado al establecer un fundamento que llevase hasta la cruz de Cristo y más allá. Este fundamento se echó desde una perspectiva eterna. Todo lo que hace Dios encaja en la eternidad y resuena en armonía plena con su voluntad.

Dios mostró a Moisés un plan para un tabernáculo en el que Él mismo moraría, y le advirtió: “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (Éx. 25:40). El plan que proporcionó Dios no necesitaba que ningún hombre lo mejorase; era perfecto tal como Él lo había dado.

Por el motivo que sea, cada generación siente la necesidad de cambiar o mejorar el plan divino. Debemos librarnos de este terrible “complejo de Dios” en nuestra propia generación.

Debemos aceptar la Palabra de Dios como Él la dio, a pesar de las incomodidades personales que nos pueda causar. Yo he tenido la experiencia de que, aunque la Biblia es maravillosa, al mismo tiempo y en virtud de sus exigencias, es el libro más molesto que podamos leer.

Como he dicho, el fundamento de Dios tenía una naturaleza que no se podía mejorar. Dios dejó muy claro a Moisés que no tenía que ampliar, cambiar o modificar ninguna parte del plan. Incluso aquellos aspectos del plan que no tenían sentido para el hombre debían dejarse tal cual; porque después de todo era el plan de Dios, y no se lo dio al hombre para que este lo criticase o lo aprobase. Nació en el corazón de Dios, y que ningún ser humano se atreva a contravenirlo.

El mensaje era definitivo; no se podía enmendar. Cuando los grupos se reúnen y tienen sus encuentros anuales, les gusta introducir enmiendas. Por lo general, la gente aprueba lo que se ha propuesto, pero quieren añadir sus modificaciones para mejorarlo o personalizarlo. El plan de Dios no necesita modificaciones; no necesita la aprobación del hombre ni alteración alguna para que la siguiente generación tenga las cosas más fáciles.

Además, en el plan de Dios no hay sitio para las concesiones. Cuando Él dice que una cosa es o debería ser de determinada manera, así es como es, independientemente de si tiene o no sentido para nosotros. Dios nunca ha jugado a hacer concesiones, y no hay ninguna indicación de que vaya a empezar jamás.

Así es como los hombres se relacionan unos con otros. Cada uno da un poco aquí y otro poco allí, y cuando han acabado de ceder, el conjunto de todos ellos llega a una conclusión que no tiene nada que ver con sus respectivos puntos de partida o lo que deseaban conseguir. Dios no va a permitir que el hombre le quite trozos a su plan, cediendo en esto y renunciando a lo otro, acabando con algo que es muy distinto al plan originario de Dios.

En el plan de Dios tampoco hay sitio para las excusas. En una primera lectura, algunos aspectos del plan divino parecen ásperos. Pensamos en los sacrificios y en todas aquellas cosas difíciles que figuraban en el plan de Dios del Antiguo Testamento. A veces tendemos a tomar lo que ha hecho Dios y excusarlo. Alguien puede decir: “¡Ah, sí! Dios dijo eso, pero no quería decir precisamente eso”. Entonces esa persona ofrece una explicación excesivamente detallada de lo que piensa que quería decir Dios en realidad. Si tenemos que explicar algo, es que no lo creemos. Podemos aceptar por fe aquellas cosas de Dios que no entendemos. Esta es la dinámica de la fe.

Dios no necesita que alguien se excuse por su plan, como si a este le faltara algo. Este plan tiene en cuenta todas las consideraciones posibles, y no necesita adaptarse a los tiempos. A Dios nada le toma por sorpresa, ni tampoco hace nada por capricho; conoce el final desde el principio, y todos sus planes toman esto en consideración.

La autoridad del Antiguo Testamento tenía una jurisdicción completa y definitiva sobre la conciencia y la conducta del pueblo. No se podía apelar a una fuente superior. Determinaba cómo debían actuar las personas y qué les pasaría si su conducta no encajaba con la Palabra de Dios. Debía aplicarse a todos sin excepción. Pablo escribió: “porque no hay acepción de personas para con Dios” (Ro. 2:11).

El mensaje, con esa naturaleza definitiva, transmitía la autoridad de Dios. Jesús dijo por medio de Abraham: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (Lc. 16:31). Esta fue una ilustración de la autoridad que Dios confería al Antiguo Testamento. Jesús y el Espíritu Santo subrayaron esa autoridad en el Nuevo Testamento. Pero ¿de qué sirve tener autoridad si no hay una aplicación personal?

Esto nos lleva a la autoridad del Nuevo Testamento.

## Construyendo sobre los cimientos

A lo largo de los Evangelios vemos que Jesús siempre habló con autoridad, no como los escribas y los fariseos, sino con una autoridad que supera a la humana: “porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:29). El Antiguo Testamento había concedido esta autoridad:

Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare (Dt. 18:15-18).

La autoridad bajo la que operaba Jesús quedó establecida en el Antiguo Testamento. Lo que hacía Jesús era una continuación del Antiguo Testamento.

Si lees el libro de Hechos, verás que es una exposición de la predicación bíblica en la iglesia primitiva. Fíjate en los mensajes de Pedro, Esteban y el apóstol Pablo, y descubrirás cómo razonaban, cómo enseñaban y cómo apelaban al Antiguo Testamento. En aquel momento, el Nuevo Testamento no existía; para ellos, la Palabra de Dios era el Antiguo Testamento.

Cuando predicaban el Antiguo Testamento, lo hacían bajo la autoridad de Jesucristo. En Jesucristo, el Antiguo Testamento desplegaba toda su gloria. El Antiguo Testamento preparó el camino para Cristo y puso en sus manos todo el poder y toda la autoridad. En Cristo se hallaba el cumplimiento de todo lo que se había establecido en el Antiguo Testamento.

La Iglesia que nació el día de Pentecostés era, literalmente, el producto de la Palabra de Dios. Nació de las Escrituras y descansaba en ellas para su existencia y su sustento. Apartemos la Palabra de Dios de la Iglesia y esta dejará de ser un movimiento de Dios con autoridad. A veces es fácil olvidar que la autoridad espiritual no descansa en institutos, universidades o seminarios. Solo la Palabra de Dios, bajo la dirección del Espíritu Santo, puede dar poder a la iglesia de hoy.

Un repaso de la historia eclesial revela lo importante que ha sido la Palabra de Dios de generación en generación.

Por ejemplo, la Reforma trajo consigo el compromiso renovado con la Palabra de Dios, que dio como resultado la preservación de la ortodoxia. El logro principal de la Reforma fue colocar las Escrituras, la Palabra de Dios, en el centro de la vida eclesial y hacerla accesible a todo el mundo. La Biblia no era solamente para la élite, sino para todos los que tenían hambre y sed de justicia. Muchos de los líderes de la Reforma sacrificaron sus vidas haciendo que la Palabra de Dios llegase al pueblo.

Después de la gran Reforma llegaron los avivamientos. Los que tuvieron lugar bajo el liderazgo de John y Charles Wesley son los más notables; son estos los que, en la práctica, llevaron la Biblia a las masas. A menudo, como no le estaba permitido predicar en las iglesias, John Wesley se situaba en el mercado al aire libre y proclamaba la Palabra del Señor. Estoy seguro de que no se le hubiera ocurrido a él por su cuenta, pero debido a la situación fue necesario hacerlo así. El pueblo llano le escuchaba agradecido, y de su ministerio nació un avivamiento que duró muchos años y, según algunos historiadores, salvó a Inglaterra del colapso.

El problema de los avivamientos históricos es que normalmente han sido temporales. Son como relámpagos: bastante imponentes, pero solo iluminan unos instantes. No pretendo restarle importancia; solo deseo señalar el hecho de que la Iglesia de Jesucristo no descansa sobre estos avivamientos dramáticos,

sino sobre la Palabra del Señor declarada con el poder del Espíritu Santo.

Estas iglesias son las más fidedignas y las más cercanas a la Palabra de Dios. Esto es así incluso en nuestros días. Dado que esta fidelidad tiene un precio que muchos no están dispuestos a pagar, no todas las iglesias se mantienen firmemente arraigadas en las Escrituras.

Hay un principio semejante aplicable a maestros y predicadores. Los maestros y predicadores que reciben más honra son aquellos que más han honrado la Palabra de Dios. Creo que es importante que un hombre en el ministerio se limite a las Escrituras. Son muchísimas las cosas que pueden captar la atención de una persona, de modo que el hombre de Dios debe centrarse sin cesar en la Palabra de Dios. Cuando lo hace, invariablemente Dios le concede autoridad.

No es sencillo mantener esa atención exclusiva, ni mucho menos. La trampa que supone querer destacar en el púlpito ha sido la caída de muchos predicadores. Con el paso de los años, han surgido poderosos oradores que han destacado sobre los demás y, lamentablemente, también han “superado” la enseñanza directa de las Escrituras. El púlpito no es el lugar donde una persona manifieste su brillantez; más bien es, sencillamente, un lugar donde declarar: “Así dice el Señor”.

La trampa en la que caen muchos consiste en que no predicán la Biblia, sino acerca de ella. Esto se parece al caso de un hombre que habla de comer en lugar de comer. Por mucho que uno hable de comer, nunca satisfará el apetito. Por mucho que hable usted de la Biblia, nunca ministrará al corazón que anhela a Dios. Enseñar sobre la Biblia en lugar de dejarla hablar supone sustituir al Dios vivo por un becerro de oro. El impostor puede resultar atractivo y estar reluciente, y recibir muchos halagos, pero no es genuino. ¡Feliz la congregación cuyo pastor conoce la diferencia!

El juicio de Dios sobre quienes no predicán su Palabra es que



les deja estériles. Este es el peligro de dar las cosas por hecho, creyendo que estoy predicando la Palabra cuando en realidad solo predico acerca de ella. Puede que desde el punto de vista humano no parezca una gran diferencia, pero por lo que respecta al Espíritu Santo sí que lo es.

Jesús entendía esto cuando dijo: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63).

Entonces tenemos esas terribles palabras de Jesús: “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la Palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Jn. 12:48).

Desafiar la autoridad de la Palabra en nuestra vida o en nuestro ministerio supone ofender al bendito Espíritu Santo, que empieza a alejarse de la persona que hace eso... y de su ministerio. Yo, por mi parte, deseo honrar a Dios en mi vida y en mi ministerio al establecer la autoridad indiscutida de la Palabra de Dios en mi vida, independientemente del coste o de la incomodidad.

## Castillo fuerte es nuestro Dios

Martín Lutero (1483-1546)

---

Castillo fuerte es nuestro Dios;  
defensa y buen escudo.  
Con su poder nos libraré  
en este trance agudo.  
Con furia y con afán  
acósanos Satán.  
Por armas deja ver  
astucia y gran poder;  
cual él no hay en la tierra.

Luchar aquí sin el Señor,  
cuán vano hubiera sido.  
Mas por nosotros pugnará  
de Dios el Escogido.  
¿Sabéis quién es? Jesús,  
el que venció en la cruz;  
Señor de Sabaoth,  
omnipotente Dios,  
Él triunfa en la batalla.

Aun cuando estén demonios mil  
prontos a devorarnos,  
no temeremos, porque Dios  
vendrá a defendernos.  
Que muestre su vigor  
Satán, y su furor;  
dañarnos no podrá  
pues condenado está  
por la Palabra Santa.

Sin destruirla dejarán,  
Aun mal de su agrado,  
Esta palabra del Señor;  
Él lucha a nuestro lado.  
Que lleven con furor  
Los bienes, vida, honor,  
Los hijos, la mujer...  
Todo ha de perecer...  
De Dios el reino queda.

Trad. Juan B. Cabrera